

inocente quien expía la pena de los culpables! ¡Y esto se llama conciliar la bondad y la justicia divinas! (1). Ha sido necesario, se dice, un precio infinito para rescatar á la humanidad. ¿Cuál es, pues, ese crimen enorme que no podían los hombres expiar por sí mismos? El pecado original, es decir, una falta imaginaria. Los socinianos niegan el pecado original, niegan el mito cristiano de un estado de perfeccion: eso, dicen, es colocar en la cuna de la humanidad un estado que es el término extremo y el ideal de nuestra existencia (2). La caída de Adán es un ficción; y, sin embargo, sobre esa supuesta caída construyó San Agustín su espantosa doctrina de la predestinación y la gracia. ¿Quiéreme esto decir que no tenga el hombre necesidad del don sobrenatural de la gracia para hacer el bien? No, pero esta gracia la otorga Dios á todos los que quieren tenerla: consiste en los medios que emplea la Providencia para esclarecernos; y está, por consecuencia, en el poder de todos, aun de los infieles, el salvarse (3).

En definitiva, la salvación depende del hombre. Los medios que ha imaginado la Iglesia para procurar la salvación de los fieles, los sacramentos, no son más que prácticas supersticiosas si se pretende atribuirles efectos milagrosos. Los socinianos mantienen, es verdad, el bautismo y la eucaristía, pero despojándolos de todos los caracteres que hacen de ellos sacramentos propiamente dichos; y si los conservan, es porque hay un *texto*; mas como este texto no dice nada de las virtudes del bautismo y de la eucaristía, los socinianos los reducen á una simple profesión de fe. Mientras los ortodoxos puros llegan hasta condenar á los niños que mueren sin el bautismo, Socino dice que se puede ser un excelente cristiano sin estar bautizado; recuerda á los fanáticos que se escandalizan los numerosos pasajes de la Escritura en que Jesucristo promete la vida eterna á los que tienen fe y arrepentimiento. El bautismo no hace al cristiano, declara únicamente quién es cristiano (4). En cuanto á la eucaristía, ese campo de batalla de las sectas protestantes, los socinianos la reducen á casi nada. Acusan á todas las confesiones nacidas de la Reforma de acabar por admitir la presencia

(1) SOCINUS, en la *Bibl. frat. pol.*, t. I, p. 569.

(2) SOCINUS, *Bibl. frat. pol.*, t. I, p. 539.

(3) *Catechesis Racoviensis*, c. 10, p. 252 (GIESELER, *Kirchen-geschichte*, t. III, 2, § 81, p. 85).

(4) SOCINUS, *De Baptismo (Bibl. frat. pol.)*, t. I, p. 716 y 720.

real; tanto valdría, según ellos, conservar la superstición católica de la transubstanciación. Socino va más allá que Zuinglio; admite como éste una comunión espiritual con el Cristo, pero ese goce, si tal nombre puede dársele, no es un efecto del sacramento; preexiste, en el sentido de que el sacramento no hace más que manifestar la fe del fiel. Niega igualmente Socino los efectos milagrosos de la cena tales como la fortificación de la fe y la remisión de los pecados: cuando tomamos el pan y el vino, no hacemos más que confesar la muerte de Jesucristo y atestiguarle nuestra gratitud; no recibimos nada de Dios, mas le atestiguamos nuestro reconocimiento por lo que nos ha dado (1).

II.

Al negar la divinidad de Jesucristo, rompían resueltamente los socinianos con el cristianismo tradicional; seguían siendo cristianos, en cuanto creían en la revelación, mas la revelación cambiaba de naturaleza, pues que se convertía en una enseñanza moral: la fe cedía el puesto á la razón. Bien se dejan comprender los odios que el socinianismo debió provocar aun en el seno de la Reforma (2). Á fines del siglo XVII gozaban las sectas protestantes de la misma tolerancia en todas partes; pero en ninguna se toleraba á los socinianos: Holanda, que era como el asilo de todos los reformados, no consentía la profesión pública del socinianismo: "Hasta son pocas las gentes, dice *Le Clerc*, que se atreven á leer los libros de esta secta, y declararse por ella es querer perder su honor, su reposo, sus bienes y su vida," (3). En tales condiciones los socinianos debían desaparecer como secta, mas no desaparecieron sus doctrinas. Rousseau decía ya que todos los reformados, aun en la patria del calvinismo, se inclinaban á las opiniones socinianas; de entonces acá, el unitarismo, más amplio todavía que el socinianismo, ha invadido el nuevo mundo y está destinado á absorber todas las sectas protestantes.

(1) SOCINUS, *De cena Domini (Bibl. frat. pol.)*, t. I, p. 753.

(2) En un escrito publicado en 1690 dicen los reformados de Francia que el Dios de los socinianos es el mayor de todos los monstruos que se hayan imaginado, que es una especie de ateísmo, que el socinianismo merece menos el nombre de secta cristiana que el mahometismo, que su Dios apenas vale más que el Júpiter de los paganos ó que los dioses de Epicuro (BAYLE, *Réponse á Le Clerc*, en *Œuvres*, t. III, p. 991).

(3) LE CLERC, *Bibliothèque universelle*, del año 1689 (t. XV, página 367 y siguientes).

Para apreciar la influencia de las opiniones socinianas no hay que encerrarse en los límites de las sectas propiamente dichas: la herejía que se reprochaba á los socinianos como una impiedad horrible, la negación de la divinidad del Cristo, ha traspasado los límites estrechos de una Iglesia para extenderse por toda la cristiandad. Si no hay ya socinianos en el estado de confesión religiosa, hay muchos que participan de sus creencias sin llevar su nombre. Ya era así en el siglo XVII, siglo que se complacen en citar los creyentes como el de la fe por excelencia, oponiendo á los libres pensadores los nombres de Bossuet y Fenelon que supieron unir la más elevada inteligencia á la fe más pura; pero ese mismo siglo vió otros genios acaso más grandes, porque estaban en el camino de lo porvenir, mientras Bossuet y Fenelon quedaron ligados á los lazos de lo pasado: la humanidad venerará siempre á Milton, á Locke y á Newton como guías divinos; y, sin embargo, esos hombres, grandes entre los grandes, profesaban la opinión de los socinianos acerca de la naturaleza del Cristo, á lo ménos en el sentido de que negaban su divinidad: Milton y Locke cuidaron de hacer conocer sus opiniones á la posteridad: importa detenerse en ellas.

Milton (1) es uno de los cantores más ilustres del cristianismo; pero aunque cristiano y aun cuando cree en la revelación, rechaza la pretendida divinidad de un hombre entre las cosas más imposibles y más absurdas que se hayan inventado. Hoy se imaginan los ortodoxos, ó, por lo ménos, lo dicen, que la divinidad de Jesucristo resalta con evidencia en los textos de la Sagrada Escritura. ¡Ilusión ó cálculo de fe! Porque hé aquí un hombre nutrido de la palabra de Dios que declara que no hay una sola expresión en los libros sagrados que establezca claramente que el Cristo es Dios (2). "¿Cómo, exclama, ha podido forjarse la Trinidad y la naturaleza divina del Mesías, cuando el mismo Jesucristo predica á sus discípulos la unidad de Dios y cuando dice en términos tan explícitos como es posible que no se debe comparar el Hijo al Padre? Lo que prueba que las palabras del Cristo sobre su pretendida divinidad no son tan claras como se quisiera hacerlo creer, es que se van

á buscar testimonios en la Antigua Ley: tanto valdría esclarecer la Luz con las Tinieblas (1). Jamás se ha imaginado una doctrina más contradictoria que la que pretende unir en una misma persona dos naturalezas que no pueden unirse, pues que la una excluye á la otra. Así se ven reducidos los ortodoxos á apelar á las distinciones más arbitrarias para conciliar con sus hipótesis las palabras del Cristo: á oírlos, es unas veces Dios quien habla, otras el hombre; todo, según la necesidad de su causa. ¿Cómo no advierten que este miserable sistema de equívocos recae sobre el carácter de aquel de quien quieren hacer un Dios? (2). Jesucristo tomó la naturaleza humana; por esto sólo es hombre (3), y no hay sutileza que valga contra esta evidencia.,,

Locke es filósofo. Su doctrina, que es la de la sensación, parece poco compatible con la revelación milagrosa y con el espiritualismo evangélico; y, sin embargo, *Locke* era cristiano y uno de los más bellos caracteres de Inglaterra. Hé ahí cosas que se contradicen y repelen; las contradicciones están en la naturaleza del hombre, sér ondulante y diverso, como dice Montaigne, y deben reconciliarse con las contradicciones que encontramos á cada paso en los hechos y en las creencias. *Locke* expuso sus convicciones religiosas en su *Cristianismo racional*, obra que Diderot calificaba de singular; y realmente hay algo de singular en oír decir á un filósofo que la fe en Jesucristo es una condición de salvación. Preciso es recordar todo lo que esta fe implica de contrario á la razón en la doctrina ortodoxa; para apreciar lo que hay de racional en la confesión del pensador inglés. En efecto, no se trata ya de la divinidad del Hijo de Dios coeterno con el Padre, pues ateniéndose al texto de la Escritura, como hacían los socinianos, no exige *Locke* sino la fe en el Mesías, sin explicarse acerca de la naturaleza del Cristo, de suerte que los que no ven en él más que un profeta son tan cristianos como los que lo veneran como Dios (4). Pero si el Cristo no

(1) MILTON, *De doctrina christiana*, lib. I, c. 5, p. 86.

(2) MILTON, *De doctrina christiana*, p. 72: «Qui unionem, quam vocant hypostaticam, arbitrato suo divellunt, nihil profecto sincerum sermonibus aut responsis Christi relinquunt.»

(3) MILTON, *De doctrina christiana*, I, 14, p. 208: «Qui naturam humanam assumit, hominem quoque assumit.»

(4) Hay en la obra de lord KING, una regla compuesta por *Locke* para una sociedad de cristianos pacíficos, cuando estaba en Holanda. Todo el dogma se reduce á estos dos puntos: «La palabra de verdad está revelada en la Escritura, y Jesucristo es nuestro Señor y nuestro Salvador, como el gran modelo propuesto á nuestra imitación.» Channing habría podido suscribir esta profesión de fe.

(1) MILTON, *De doctrina christiana*, libri duo posthumi, Cantabrigie, 1825.

(1) MILTON, *De doctrina christiana*, lib. I, c. 5, p. 58: «Versiculum nullum.»

es más que un hombre, ¿cómo puede ser la fe en su venida una condición de salvación? Hé ahí, sin duda, lo que *Diderot* hallaba de singular, y no se equivocaba. Queda por saber lo que es esta fe. *Locke* no es cristiano sino por su adhesión á la Sagrada Escritura; ahora bien, ¿en qué consistía la buena nueva predicada por los apóstoles? Anunciaban que había venido el Mesías, que iba á abrirse el reino de los cielos y que para ganar puesto en él era preciso apresurarse á hacer acto de arrepentimiento. Como se ve, el elemento sobrenatural de la fe se reduce casi á un hecho histórico: basta reconocer al Cristo como el Mesías; el arrepentimiento es el elemento dominante.

Importa consignar también que, siendo *Locke* un cristiano sincero, no halla, después de interrogar la palabra de Dios, nada de los misterios que la Iglesia ha añadido sucesivamente á la predicación evangélica. Los más avanzados de los protestantes, tales como los arminianos, exigían todavía algunos artículos fundamentales como condición de salvación. *Locke* rechaza esta doctrina por la razón de que no se halla establecida en el Evangelio, y debería estarlo, sin embargo, si Dios hubiera pensado exigir al hombre la creencia de ciertas verdades reveladas; y lo que prueba cuán arbitraria es la distinción, es que no hay dos sectas que convengan en los dogmas que se deben creer. ¿Qué es, pues, la revelación y cuál su necesidad? En la teología ortodoxa todo es milagroso, el revelador, los dogmas revelados y el fin de la revelación. Todo eso desaparece en el *Cristianismo racional* de *Locke*; la única misión de Jesucristo ha sido dar una autoridad divina á verdades morales que el espíritu humano había ya reconocido, la unidad de Dios y la inmortalidad del alma (1).

Locke fué acusado de socinianismo, y *Bayle*, que es buen juez, dice que los socinianos podrían suscribir el *Cristianismo racional* del filósofo inglés. Nada tendría de infamante la acusación á nuestros ojos; y si la rechazamos, es porque es más verdad decir que *Locke*, como *Milton*, no pertenecía á ninguna secta exclusiva, enlazándose á ese movimiento un poco vago que, bajo el nombre de *latitudinarismo*, trataba de ensanchar la religión cristiana de manera que comprendiese á la huma-

(1) LOCKE, *The reasonableness of Christianity, as delivered in the Scriptures* (en el tomo II de sus obras, ed. de Londres, 1714).

nidad entera. Para llegar á este fin hay que borrar lo que hay de sobrenatural en el cristianismo; ¿y qué queda entonces? Una religión que puede aprobar la razón, ó lo que los libres pensadores llaman religión natural. Hé ahí adónde habían llegado los hombres avanzados de la Reforma al fin del siglo XVII: la religión se daba la mano con la filosofía.

N.º 4.—Los pietistas y los quákeros.

I.

Hemos seguido hasta aquí el movimiento progresivo del elemento racional de la Reforma, que es el desarrollo de una de las fases de la revolución religiosa del siglo XVI. La tendencia al racionalismo estaba en la fuerza de las cosas más que en la intención de los reformadores. Lutero, espíritu profundamente religioso, no habría reconocido á aquellos de sus discípulos que hicieron del protestantismo un sistema teológico, falto de elevación y de vida, como habría rechazado á los que reemplazaron los misterios por la razón. El sentimiento religioso, que la Reforma había reanimado, no encontraba satisfacción ni en la ortodoxia luterana ni en las concepciones que, más que al alma, se dirigían á la inteligencia: fué, sobre todo, el seco formalismo de los ortodoxos lo que sublevó en Alemania contra el luteranismo oficial á todos los hombres que veían en la religión otra cosa que áridas fórmulas y vanos juegos de entendimiento que nada infundían en la moral y no servían más que para alimentar el odio, triste fruto de las disputas teológicas. Los pietistas representaron la reacción contra esa aberración del protestantismo. Vamoa á oír las lamentaciones de *Spener* sobre la religión de su tiempo: ellas explican la legitimidad y revelan la misión del pietismo (1).

Abusando de la doctrina de que sólo la fe justifica, se creían los luteranos excelentes cristianos, sólo porque tenían fe en el Cristo y porque asistían con regularidad á la mesa del Señor y escuchaban los agrios sermones de sus ministros, olvidando que si su maestro había condenado las obras católicas porque estaban desprovistas de fe, rechazaba

(1) JULIAN SCHMIDT, *Geschichte des geistigen Lebens in Deutschland*, t. I, p. 77-93.

igualmente la fe abstracta y seca que no se manifestaba por obras. No quedaba ya sombra de caridad cristiana en el luteranismo, ni se comprendían siquiera los preceptos de Jesucristo, que decía á los que querían seguirlo que vendiesen lo que tuvieran y lo dieran á los pobres; ¡la mendicidad invadía una sociedad que se llamaba cristiana evangélica! (1) "Sin duda, dice *Spener*, sólo la fe da la salvación; pero son las obras las que prueban que se tiene fe: es imposible que crea en el Cristo quien no imite su santa existencia." Partiendo de este principio, era preciso volver al espiritualismo evangélico: *Spener* lo intentó. Mostróse, á su vez, más estrecho que el gran reformador del siglo XVI. Lutero no reprochaba las manifestaciones legítimas de la vida laica, mientras *Spener* las condena como haría un asceta católico. Oigámosle á propósito de un placer favorito de la raza humana, la danza: "La Sagrada Escritura dice que lo debemos hacer todo por fe, en honor de Dios, en nombre de Jesucristo, en odio al mundo. ¿Es que saltando á derecha y á izquierda, al són de la música, cumplimos estos preceptos del apóstol?," Sólo en teoría era *Spener* favorable al teatro; en el hecho lo desaconsejaba. La ciencia misma le era sospechosa; no amaba el estudio de la antigüedad clásica; como los ultras de nuestros días, creía notar que la juventud salía de las escuelas más pagana que cristiana, y no comprendía que los discípulos del Cristo fuesen á beber en los cenagales del paganismo, cuando podían beber la verdad en las puras fuentes de Israel. Esa era en el fondo la antipatía del espiritualismo cristiano á la ciencia: quien está convencido de que no es más que barro y pecado, y de que debe pasar su vida en hacer penitencia, ¿puede encontrar gusto en el desarrollo de la inteligencia? Con mayor razón deben alejarse los cristianos de la vida pública. La Iglesia ya tan estrecha del protestantismo era todavía demasiado laxa para *Spener*, que se retiraba á una pequeña iglesia, en cuyo seno olvidaban los discípulos del Cristo los más grandes intereses de la humanidad para cuidar de su propia salvación llorando y gimiendo (2).

No advertía *Spener* que el espiritualismo cris-

tiano conduce lógicamente al ascetismo de los monjes: si se le hubiera escuchado, se habría transformado el mundo en un inmenso convento. Sin embargo, ¡cosa singular! el pietismo, en vez de llevar los cristianos á los desiertos de la Tebaida, condujo á los mismos resultados que el movimiento racionalista que se produjo en el seno de la Reforma. Lo mismo que los arminianos y los socinianos, hacían poco caso los pietistas de las especulaciones de la teología: había sido en fuerza de ocuparse en la naturaleza del Cristo y de su presencia en la cena, como habían olvidado los luteranos que la ley evangélica se resume en la caridad; el pietismo se dirigía al corazón y atribuía por lo mismo escasa importancia al dogma. "No es la ciencia quien hace al cristiano, dice *Spener*, sino la caridad fraternal," (1). Dejaba de ser la religión un sistema teológico para convertirse en una moral. Bajo este punto de vista, el pietismo se confundía con el arminianismo y el socinianismo, y conducía igualmente á ensanchar el camino de la salvación: "El Señor Jesús, dice *Spener*, debería ser un pobre señor, si su reino fuera el patrimonio exclusivo del pequeño número de cristianos que viven en los estrechos límites de la iglesia luterana; pues que su imperio se extiende al mundo entero, precisa creer que cuenta con elegidos en todas las confesiones. Poco importan los errores doctrinales de los que están fuera de la ortodoxia, con tal que su fe sea sincera y se manifieste por la caridad (2). No lo habría dicho mejor un latitudinario, y los latitudinarios no estaban lejos de ser socinianos. De ahí los clamores de los ortodoxos contra *Spener*; el menor reproche que le dirigían era el de la indiferencia; los más fogosos le trataron de espinosista. No merecían, en verdad, los pietistas tales acusaciones, porque no se apartaban en nada del dogma oficial, eran, al contrario, los verdaderos discípulos del Cristo; tomaban en serio sus enseñanzas, y practicaban lo que los ortodoxos se contentaban con profesar. Pero es verdad también que disminuyendo la autoridad del dogma, se alejaba su concepción religiosa del cristianismo tradicional: si se hubieran constituido

(1) SPENER, *Pia Desideria*; «Dass es mit dem Wissen im Christenthum durchaus nicht genug sei, sondern dieses vielmehr in der Ausübung bestehe, und sich allein al durch die thätige, brüderliche und gemeine Liebe zu erkennen gebe.»

(2) SPENER, *Das geistliche Priesterthum* (ed. de Wilke, página XXVIII.)

(1) SPENER, *Pia Desideria, oder herzlich Verlangen nach gottgefälliger Besserung der wahren evangelischen Kirche.*

(2) SPENER, *Theologische Bedenken*, t. II, p. 26, 484; *Letzte theologische Bedenken*, t. III, p. 605.

en secta, habrían acaso acabado, como los quákeros, por abandonar las creencias fundamentales de la religión cristiana.

II.

Los quákeros y los pietistas proceden del mismo orden de sentimientos. Como el luteranismo, tampoco el anglicanismo satisfacía las necesidades de las almas religiosas; y así dirigían los quákeros á los anglicanos los mismos reproches que los pietistas á los luteranos: decían que la cristianidad protestante era un cuerpo sin vida, un cadáver vivo (1). Los anglicanos tenían la pretensión de ser más ortodoxos que los católicos romanos; y en realidad, á juzgar por las lamentaciones de los quákeros, los que se llamaban ungidos del Señor en Inglaterra eran más codiciosos, más intolerantes, si esto era posible, que sus hermanos en hipocresía de Roma (2). De aquí una reacción análoga á la que se manifestó en Alemania, pero más consecuente, y, por tanto, más absurda, en su espiritualismo excesivo. Los quákeros sostenían que "la religión tiende principalmente al fin de apartar al hombre del vano espíritu de este mundo para llevarlo á la comunión interior con Dios," (3); entendían al pie de la letra todos los preceptos de Jesucristo sobre el perdón de las injurias, sobre el juramento, sobre la renuncia del mundo, y, por consecuencia, se negaban á prestar juramento ante los tribunales, á servir en el ejército, á pagar los diezmos, y condenaban todos los usos de la vida ordinaria que eran extraños á la santidad cristiana (4). Los quákeros arrostraban la persecución y la burla, y, á decir verdad, no cometían más que un yerro, el de tomar en serio el Evangelio y querer hacer de él la regla de la sociedad: "No es permitido, decían, divertirse, aunque sea so color de descanso; la risa, la distracción, la vana plática no son dignas de la gravedad cristiana. El apóstol nos manda que hasta el comer y el beber, todo lo hagamos por la gloria de Dios: ¿es glorificar á Dios entregarse á esas miserables ocupaciones? El apóstol dice que el tiempo apremia, que

(1) CRESIUS, *Historia Quakerina*, p. 105.

(2) CRESIUS, *Historia Quakerina*, p. 102 y siguientes.

(3) BARCLAY, *Theologie vere christiane Apologia*, tésis XV, página 437.

(4) BARCLAY, *Theologie vere christiane Apologia*, tésis XV, 2, página 440.

está á la puerta el fin del mundo: ¿son, pues, cristianos los que encuentran la vida demasiado larga, y creen necesario matar el aburrimiento con fútiles placeres? El apóstol quiere que pasemos en el temor de Dios nuestro breve tránsito sobre esta tierra: ¿obedecen este precepto los que se entregan al juego, á la danza ó al espectáculo impuro de la comedia?" (1).

No vemos qué se pueda responder á los quákeros desde el punto de vista cristiano, y así, un sabio defensor de la ortodoxia los alaba extraordinariamente por su horror á los espectáculos: *Moehler* espera que el progreso de la cultura intelectual destruirá el teatro, ó que, á lo ménos, se abandone ese goce al populacho (2). ¡Hé ahí las estrechez de los sentimientos cristianos! ¡Shakespeare y Corneille, Goethe y Voltaire, Schiller y Racine abandonados al populacho! ¡Y esto en nombre del progreso intelectual! En verdad, no sabemos por qué critican los ortodoxos el espiritualismo exclusivo de los quákeros: si tienen razón respecto de la comedia, la tienen también respecto de los juegos y de los festines, y hasta respecto de la ciencia. El apóstol trata de locura la sabiduría humana; fieles discípulos del Cristo, los quákeros reprueban todas las especulaciones filosóficas: "La filosofía, dicen, es el arte de hacer oscuro lo que es claro; hace escépticos y no fieles. Si quereis volver loco al hombre que no es muy cuerdo, hacedle aprender la lógica; mientras en su ignorancia podía ser bueno para algo, no servirá ya para nada más que para decir tonterías." La más absurda de las cosas absurdas es la filosofía aplicada á la religión; á los ojos de los quákeros es una monstruosidad, una invención del diablo (3).

Esto nos conduce al terreno de la doctrina. Los quákeros participan enteramente de la opinión de los pietistas respecto de la vanidad de la teología; reducen como éstos la religión á la práctica de las virtudes morales, pero son todavía más indiferentes en punto al dogma, y casi pudiera decirse que no lo tienen. Todas las confesiones cristianas admiten una revelación exterior: la venida del Cristo es la base del cristianismo histórico; los mismos socinianos aceptan esta revelación, y en cierto

(1) BARCLAY, *Theologie vere christiane Apologia*, tésis XV, 8, página 459.

(2) MOEHLER, *Symbolik*, p. 496 y siguientes.

(3) BARCLAY, *Apologia*, X, 20, p. 258; X, 21, p. 260.

modo la materializan haciendo de la predicación evangélica una ley. Los quákeros, por el contrario, espiritualizan el Cristo hasta el punto de que se hace incierta, y en todo caso inútil, la revelación exterior. Enseñan, en efecto, que la revelación es interior, que se produce incesantemente por la acción del Espíritu Santo, que nos ilumina y nos santifica: esta luz interior es la regla fundamental de la fe; la Escritura no es más que una manifestación. La autoridad de la Biblia, omnipotente entre los protestantes, desaparece entre los quákeros, y se reduce á casi nada, porque tenemos el Cristo en nosotros, es decir, el original vivo de su ley, mientras los libros sagrados no son más que una copia: copia que es, respecto de la luz verdadera, lo que la muerte es en comparación de la vida (1).

Esto se parece más á una crítica de la revelación que á una confesión cristiana. Si llevamos el Cristo en nosotros, ¿á qué, pues, su venida? Si la luz interior ilumina suficientemente á todo hombre, ¿de qué sirve una revelación milagrosa? Si todos somos profetas, ¿á qué un profeta, Hijo de Dios? No se hacían estas objeciones los primeros quákeros, y los hay todavía que creen en el Cristo exterior; pero la lógica de las ideas puede más que la inconsecuencia humana; los *Amigos* han acabado por decir, como los libres pensadores, que un Hijo de Dios, crucificado en expiación de nuestros pecados, es una locura; y no pudiendo admitir este cruento sacrificio, suponen que la historia del Cristo no es más que una alegoría, un mito (2). Llegada á este punto, la doctrina de los quákeros se confunde con la de los unitarios, ó, por mejor decir, con los sentimientos que tienden á reemplazar en la humanidad moderna el cristianismo tradicional: la revelación milagrosa se transforma en una revelación permanente, interior, que ilumina á todos los hombres.

En realidad, no hay ya nada del cristianismo histórico entre los quákeros: indiferentes á la venida del Cristo, ¿en qué pudieran ya detenerse? Niegan el pecado original, tal como lo entienden los ortodoxos; dicen que la creencia de la predestinación y de la salvación limitada á un pequeño número de elegidos es una injuria á Dios, una blasfemia, y enseñan que han podido salvarse los hom-

(1) BARCLAY, *Apologia*, tésis III, p. 45 y siguientes.

(2) MOEHLER, *Symbolik*, p. 506, 510, 511.

bres ántes del Cristo, como después de Él pueden salvarse sin conocerlo: los que siguen la luz interior se salvarán, y esta luz ilumina desde Adán al género humano. Razón tienen en este sentido al decir que su Iglesia es verdaderamente católica, porque es universal; comprende á todos los pueblos, fieles ó infieles; y deberíamos decir que no hay ya infieles, como no hay creyentes, porque no hay ya artículos de fe, ni siquiera aquella fe vaga en el Mesías que Locke había creído deber seguir. Los quákeros no mantienen nada de lo que caracteriza á las sectas cristianas. Ligados al texto de la Escritura, conservaron los socinianos el bautismo y la eucaristía, aunque abandonaban la idea de sacramento; mas los quákeros, que no tienen ese respeto á la palabra escrita, rechazan el bautismo y la eucaristía como supersticiones paganas, y piden que el reinado de las ceremonias exteriores ceda el puesto al reinado del espíritu, á la religión interior. Así se explica la empresa verdaderamente audaz de los quákeros de fundar una confesión religiosa sin cuerpo sacerdotal, sin iglesia. La aspiración de Moisés, el ideal de Lutero se han realizado: todo hombre es sacerdote; la mujer misma, á quien todas las sectas cristianas reducen al silencio, puede tomar la palabra en las reuniones de los *Amigos*.

¿Cómo pueden los quákeros llamarse cristianos, rechazando los signos distintivos del cristianismo? Lo son todavía por su espiritualismo, y más consecuentes que los católicos y los reformados. No faltan, con todo, contradicciones en la doctrina de los quákeros, pues no tiene el rigor que le hemos atribuido al exponer sus últimos resultados; á cada instante se abre paso una preocupación cristiana, un elemento del cristianismo tradicional. Esas contradicciones son inevitables en las sectas cristianas que quieren conciliar lo inconciliable, mantener el cristianismo histórico rechazando las bases en que descansa.

N.º 5.—*Conclusion.*

Hemos dicho que el protestantismo es un paso fuera del cristianismo tradicional, y que en sus últimas consecuencias se da la mano con la filosofía. Ya en el siglo XVII hizo un celoso ortodoxo esta observación: "Todos los disidentes, dice *Jurieu*, tienen esto de común, que no hacen ningun caso